

PALABRAS DE CLAUSURA

En este caminar por Colombia, el año pasado conocí dos personas maravillosas. Ella se llama Cruzana, es religiosa Franciscana y a él, lo llaman el padre Mora, es un sacerdote Dominicano...Los dos viven en la Guajira, para ser más precisa, los dos se desviven en la Guajira.

Los dos tienen más de 80 años, los dos le madrugan al día para marchar a las Rancherías. Ella tuvo mucho que ver en la erradicación de la tuberculosis en ese rincón de Colombia, es alta y muy delgada...sus rasgos ya son los de una Guayu más, y él lleva siempre en su mochila dulces, bombones y galletas que va repartiendo al encuentro con cada persona después de regalarle una sonrisa y recordarle que Dios lo ama. Los dos hablan de paz, los dos SON LA PAZ.

Dios no reina donde se habla, sino donde se actúa... Eso lo recuerdo siempre, cuando pienso en el Padre Mora y la Hermana Cruz...

Esta no es “época de textos sino de testigos”, dice insistentemente el padre Benjamin Gonzalez Buelta, sacerdote jesuita.

Finalizado este Congreso, tenemos el desafío de que la palabra se haga carne, en nuestra carne, en nuestras opciones y desvelos. Es verdad que nos vamos felicísimos...porque hemos sentido que el eco de la voz de nuestro ponente, ha estado validado, por su actitud, sus gestos, esa manera serena, bondadosa, clara, elocuente de dar cuenta de sus profundas convicciones.

Durante estos días nos hemos sentido llamados a vivir nuestra vocación con GUSTO.

Experimentamos la necesidad de mirar hacia afuera, para descentrarnos y definir mejor nuestra identidad y misión.

Sentimos que no podemos caer en la tentación de PRIVATIZAR nuestra profesión religiosa, porque es “palabra pública”, que

debe movilizarnos a la coherencia y a misionar con criterios evangélicos.

En la consagración a la que nos ha invitado el padre felicísimo, se integran LA EXPERIENCIA DE LA FE, LA CALIDAD DE LA CONVIVENCIA, EL ENTUSIASMO Y LA DEDICACIÓN GENEROSA A LA MISIÓN.

En nombre de los miembros de la Junta Directiva: hermanas Beatriz y Marta, hermano Cesar, padres Carlos, Orlando y Said, quiero agradecer.

Padre Felicísimo, gracias por acompañarnos, por hacer camino con nosotros, por ser entre nosotros radicalmente hermano, por su mensaje que nos lanza a la vida.

La Comisión teológica con el liderazgo de la Hermana Claudia Toloza y el apoyo incondicional de Hector Lizarazo, Secretario Adjunto de la CRC, dio a luz este Congreso. A cada uno de ellos: hermanas Luz Marina Plata, Ana Francisca Vergara, María Constanza Arango, Ana de Dios Berdugo, Marta Eugenia Pérez.

Padres William Vásquez, Ignacio Madera, José María Flórez, Victor Martínez, Alfredo Escalante, nuestro más sincero agradecimiento.

Ustedes con la profundidad de sus reflexiones y aportes, nos animaron a arriesgarnos, con el realismo de quien sabe que en esta coyuntura estamos situados en el filo de la incertidumbre, y en ella, nos urge permitir que el Vino Nuevo, que es Jesús, transforme nuestro odre.

A la Comisión de Nuevas Generaciones, nuestro agradecimiento por su apoyo incondicional a la realización de este Congreso. Nos alegra escucharlos, saber por dónde van sus búsquedas, intuiciones y compromisos. Nos llegó el método por el que optaron y el testimonio que nos dieron de trabajo en equipo. Gracias por servir con generosidad y alegría.

A cada una de las personas que nos colaboran en la CRC y que con la orientación de la hermana Marta Escobar, Secretaria Ejecutiva, han cuidado de todos los detalles para hacer posible la calidez de los espacios, la información oportuna, la alimentación exquisita, el orden y la profundidad en el desarrollo del Congreso nuestro más sincero agradecimiento.

A los padres Agustinos por recibirnos en su casa y a cada uno de ustedes por acoger esta invitación y recrear con su presencia y sus aportes esta Betania de la comunión, de la que todos salimos fortalecidos y animados a la brega cotidiana.

Al padre Cecilio de Lora, por asistir a este Congreso, por encarnar la memoria, por ser la “voz” que nos devuelve a lo fundamental.

Cruzana y el padre Mora no son la excepción... Hay miles y miles de religiosos como ellos haciendo Reino en la geografía de nuestra Patria, a ellos también les agradecemos porque desde el anonimato de su donación nos animan a poner la mirada en Jesús y ofrecer la vida.

Colombia se encuentra al filo de la incertidumbre, que nuestras decisiones sean coherentes con los valores del Evangelio y que en la parcela de esta patria en la que nos encontremos, seamos instrumentos de paz, testigos del perdón y defensores de la porción de pan, justicia y dignidad a la que tienen derecho los más pobres: los campesinos, los indígenas, las comunidades afro-colombianas.

Que nuestro odre, se ensanche y se transforme al contacto con la realidad y al ritmo del Espíritu, único capaz de hacer nuevas todas las cosas.

Que la virgen de Chiquinquirá, patrona de Colombia, vaya con nosotros y nos permita vivir con autenticidad y radicalidad nuestra vocación.